

mol que tenia encima de los papeles, y lo tiró con fuerza á su víctima que cayó desmayada : la sangre corria por sus rubios cabellos; el mármol habia hecho una profunda herida. Oí un gemido : Machinka no estaba muerta. Su verdugo llamó al cochero y al repostero, y les dijo algunas palabras en voz baja, y se llevaron á Machinka. Mi Amo volvió á sentarse delante de la mesa : se apoyó sobre ella; y ocultando su semblante con las manos, permaneció en esta posicion hasta que volvió á entrar el repostero y dijo con una voz lúgubre : «Ha muerto.»—Todo ha acabado ya, dijo mi Amo. Yo no queria; pero ella ha corrido á su perdicion. Al decir estas palabras, su

semblante era el retrato del terror y la venganza : se paseaba á grandes pasos, mientras que el cochero entró en la sala con un vaso de agua, con las manos llenas de sangre. Los dos tomaron una luz para asegurarse de que no habia quedado ninguna señal del asesinato. Despues apagaron las luces; todos desaparecieron, y yo quedé sumergido en la oscuridad. Salí de mi escondite con el mayor cuidado para no hacer ruido, y tuve la felicidad de llegar á mi habitacion sin encontrar á nadie. Me eché sobre la cama mas muerto que vivo : el horroroso espectáculo de aquella tarde no podia separarse de mi memoria.

Acaso estrañareis, señor Para-

dikin, que yo fuese un mero espectador de un acto tan bárbaro; pero fue efecto de la violencia. Yo no habia previsto la terrible conclusion: el mármol partió como un rayo. Si entonces me hubiera manifestado defensor, ciertamente hubiera sido víctima de un segundo delito sin utilidad ninguna para esta desgraciada jóven. Espiando las acciones de mi Amo, queria saber sus proyectos para avisar á su madre: yo solo temia las amenazas y algunos instantes de prision para hacer que Machinka rompiese el proyectado matrimonio.

Al amanecer del dia siguiente oí el ruido de un carruage á la puerta de casa, abrí poco á poco mi ventana, y ví al asesino que se

marchaba: esto me consoló mucho. Temia que en el primer momento no pudiese ocultarle el horror que me inspiraba. Una hora despues salí de mi habitacion: los criados parecian fuertemente conmovidos; el repostero estaba en medio de ellos. Le pregunté con un aire que queria aparentar indiferente, á qué hora habian llevado á su casa á la señorita Volkoff. «A boca de noche, me respondió; pero por vida mia, Gregorio, que no la volvereis á ver. — ¿Qué quereis decir? — Es bien claro, que ha muerto: creo que sois el único que no lo sabe en todo el contorno; el cochero hizo esta averia. Al llevarla en casa de su madre volcó el carruage en el barranco de Oul-

mo, que está lleno de peñascos. ¡Pobrecita! Machinka se hirió terriblemente en la cabeza, y él se rompió la muñeca: el cochero se levantó, y la Señorita quedó en el sitio. El pícaro nos engañó á todos, nos hizo creer que no habia bebido. En el instante de partir estaba tan firme en su silla, como la estatua que está á la puerta de la iglesia: el miedo de los golpes le tenia fijo en su asiento; pero luego que echó á andar, corria mas que el viento. Mientras que el camino iba derecho, todo iba bien, porque los caballos no habian bebido; pero al llegar á este maldito barranco, no tomó bien la vuelta, se hizo pedazos el carruaje, y los caballos se estropearon mucho.

Por todo el oro del mundo no quisiera yo hallarme en el pellejo del cochero; no le arriendo la ganancia cuando vuelva mi Amo.... — ¡Y á dónde ha ido? — ¡Buena pregunta! ha ido á hacer su declaracion al juez. Mi pobre Amo, añadió el malvado con un tono que aumentó mi horror, me causa lástima; se me parte el corazon cuando le miro; Dios sabe si morirá.... ¡Estaba tan contento ayer cuando vió á su ahijada! En dos horas no trataron de otra cosa mas que de la boda y de los preparativos: yo lo oia todo desde lejos. Hicieron la lista de las vajillas y todas las alhajas que debian de comprarse; jamas se hubiera visto boda tan lujosa. Mi Amo debia partir hoi para

apurar todos los almacenes de Moscú. La Señorita le decia muy á menudo : «es demasiado;» y él decia siempre, que nada era bastante. ¡La pobre jóven partió alegre como un pajarito! una hora después se habia casado ya con la muerte.

Una sonrisa tan traidora como su semblante terminó la relacion del repostero : á pesar del horror que me inspiraba, me fue necesario aparentar que creia esta historia con tanta apariencia de verdad. El General, á quien se habia ocultado el lance, fue completamente engañado : el prometido esposo se desesperaba ; pero no podia penetrar el misterio. El corazon de una madre era mas difícil de engañar :

á pesar de las lágrimas y la hipocresía del padrino, M.^{ma} Volkoff concibió violentas sospechas : las denuncias que quiso hacer á la justicia fueron impedidas por una terrible enfermedad. En seis meses desesperaron de su vida ; en el delirio de la calentura decia muchas veces que su hija habia sido asesinada, que habia muerto antes de dejar la casa del malvado Voronitcheff. El médico no hizo caso, creyendo que era efecto de la enfermedad ; pero la doncella, bastante mal pagada para guardar el secreto, dejó escapar algunas palabras que hicieron mas impresion. Con todo, como no habia acompañado á su Ama, su testimonio no hacia prueba : el del repos-

tero era mucho más sospechoso; enamorado de una jóven que yo protejo, un día que estaba borracho la contó la muerte de Machinka; por ella es por quien sé los últimos acontecimientos. La ahijada, aunque gravemente herida, no había muerto, acaso se la podía salvar; pero temiendo sus acusaciones, é impelido por unos celos furiosos, mi Amo consumó el crimen. Así que, despues de haber sido homicida por furor, fue asesino por reflexion. Desgraciadamente todo se ha ocultado, porque la verdad ha quedado encerrada en casa; no han corrido mas que voces, que se ocultaron á fuerza de dinero. Los meses y los años han venido á socorrer á mi Amo: los

vivos olvidan bien pronto á los muertos: ya no se habla de la desgraciada Machinka; pero su madre, siempre inconsolable, no pierde ocasion de espresar su resentimiento contra el malvado padrino, á quien no ha querido volver á recibir en su casa despues de la muerte de su hija. La doncella se ha arrepentido de su trato odioso, y ha dicho á M.ma Volkoff todo lo que sabia, lo que ha cambiado su sospecha en certidumbre. Ella queria entablar el proceso; pero bien sabeis, señor Paradikin, que la justicia calla ante la miseria oprimida. Ahora ya conoceis tan bien como yo al que os acusa de un asesinato. Vos solo sois á quien podria hacer esta confianza;

el secreto me ahogaba. El peso que me oprimia se ha aligerado mucho desde que he depositado mi secreto en un hombre generalmente reverenciado. Es lo mismo que si lo hubiera echado en un pozo, estando bien seguro de que si haceis uso de él será sin nombrarme y sin comprometerme.»

Paradikin escuchó esta larga narracion con un vivo interes. Luego que concluyó Gregorio, su oyente guardó silencio por algun tiempo: examinando sus facciones, podia mui bien conocerse que una idea como inspirada agitaba su imaginacion. A poco tiempo salió de su éxtasis para hacer algunas preguntas al Ayuda de cámara. — «¿Y crees, le dijo, que Voronit-

cheff llegará pronto á Petersburgo? — No, no viaja con rapidez; lejos de esto camina mui despacio. — ¿Sabes su itinerario? — Tan perfectamente, que le tengo en el bolsillo. Tomad, esos son los pueblos y las casas de campo en que se ha de detener. Tambien debo deciros, que al mismo tiempo de marchar deseaba vivamente quedarse. Leed mis instrucciones, y vereis que espera ser llamado en fuerza de lo que os ha propuesto: por lo demas, vos lo sabeis mejor que yo. — Bien: ¿pero crees que despues de dos ó tres jornadas, cansado de esperarme aligerará su viage? ¡El deseo de perderme le prestará alas! — No lo creo: el camino está sembrado de casas de

amigos, ó por mejor decir, sus enemigos, que le ganan el dinero, porque desgraciadamente es aficionado al juego; y es capaz de estar-se doce horas jugando: añadid la caza, las comilonas, las mugeres, porque mi Amo nada desprecia. Tiempo llegará en que todo se lo rehuse la fortuna. Sus asuntos se pierden miserablemente, señor Paradikin; y si no me engaño, el cambio está mui cerca. Procurad comprarnos, ya que estamos tan cerca de vos: ¡qué felicidad pasar á un santo, saliendo de las manos del demonio! — Bien quisiera; pero ahora es necesario terminar un asunto que llama toda mi atención. Dime: ¿por qué no ha ido á Petersburgo M.^{ma} Volkoff? — Porque

carece absolutamente de dinero para tan largo viage. — Bien; no te alteres; no abusaré de tu confianza: acaso algun dia podré probar-te lo que estimo tus honrados sentimientos. Separémonos: á Dios, mi querido Gregorio, conserva tu honradez y espera en Dios.

Entonces el Ayuda de cámara besó la mano de Paradikin, le señaló el camino por donde debia de retirarse, y él emprendió el de su casa.

Paradikin se encerró en su gabinete, en donde estuvo escribiendo hasta el anochecer. Entonces pidió sus caballos y se dirigió á la casa de M.^{ma} Volkoff, que no estaba lejos de la suya. Esta se admiró, al mismo tiempo que se ale-

gró de la visita de un hombre amado de todos, pero señalado por su misantropía. Despues de algunas palabras generales sobre la cosecha, Paradikin hizo recaer la conversacion en la desgraciada Machinka: al pronunciar este nombre querido, su madre derramó algunas lágrimas; la llaga de su corazon estaba tan abierta como si su hija hubiera sido asesinada el dia anterior. M.ma Volkoff dejó ver su resentimiento contra el autor del delito; se habia disminuido tanto como su dolor. En la relacion de estos acontecimientos no pronunciaba el nombre de Voronitcheff sin añadir el dictado de asesino, como si un nombre no se pudiera pronunciar sin el otro. Paradikin

tomó tanto interes en sus penas, que conmovió vivamente á la desgraciada madre; pero luego que manifestó su sentimiento por no poder reclamar la venganza de la justicia contra el malvado, Paradikin, valiéndose de estos sentimientos, la dijo: «Aun es tiempo, Señora. Si la sangre de vuestra hija fue vertida en el furor de los celos, aun podeis hacer que recaiga el castigo sobre la cabeza del culpable. Pero el camino mas comun seria inútil: necesitais medios mas eficaces para entablar una acusacion que ha sido debilitada por el número de años que ha transcurrido. Vuestras quejas serian lo mismo que voces en desierto. Solo sereis oida á los pies de la Em-

peratriz. Hablad con confianza; Catalina, nuestra madre, os escuchará: la justicia es uno de los atributos de su alma grande.

M.^{ma} Volkoff opuso á este consejo la imposibilidad de hacer un viage costoso. Paradikin habia preparado ya la respuesta: la ofreció dinero, carruage, cartas de recomendacion, y en fin un hombre inteligente que la dirigiese en su empresa.

Hacia mucho tiempo que los habitantes de aquella comarca se habian familiarizado con las acciones generosas del hombre misterioso. La pobre viuda atribuyó esta á un puro sentimiento de caridad, y la aceptó con trasporte; admitió sus ofertas, y manifes-

tó un valor que dió mucha esperanza á Paradikin de concluir felizmente el proyecto que habia ideado. Todo se combinó con aquella prudencia que dirige las grandes acciones. La primera disposicion fue, que el viage habia de emprenderse en la noche del dia siguiente; que se tomara el pretexto de una visita á una parienta que habitaba en las inmediaciones de Kalonga, y que M.^{ma} Volkoff llevara consigo á la doncella, cuya declaracion haria llamar á Petersburgo otros dos testigos mucho mas importantes.

Antes de separarse le dió una carta de recomendacion para uno de sus amigos: le encargaba especialmente allanase todos los ostá-

culos que pudieran oponerse á la importante comision que llevaba M.^{ma} Volkoff: la recomendaba, sin esplicar el motivo de dirigirse á la Emperatriz, en el momento mas á propósito de conseguir su pretension. El mismo escribió el memorial en un estilo sencillo y lacónico, é hizo que le copiase M.^{ma} Volkoff. Las pocas palabras que contenia, no podian menos de hacer una profunda impresion en el corazon magnánimo de la Emperatriz.

Unió á esta carta de recomendacion otra para su amigo, en que trataba de asuntos que ninguna conexion tenian con el principal. Todo esto habia escrito Paradikin despues de su conferencia con Gregorio. Concluido esto, se despidió

de la viuda, deseándola buen viage.

Vuelto á su casa, se ocupó absolutamente en dar las disposiciones del viage: eligió un criado de su confianza para que acompañase á M.^{ma} Volkoff; se previno un carruage seguro y cómodo con todas las provisiones necesarias, porque solo debian detenerse para mudar caballos.

Luego que llegó la noche, se dispuso todo. Guiado por la precaucion, Paradikin hizo que su Ayuda de cámara fuese en otro carruage diferente, para volver con velocidad en caso de que se hubiese olvidado alguna cosa, y tambien para despedir á M.^{ma} Volkoff. Cuatro horas despues de haber salido esta espedicion, volvió el Ayu-

da de cámara á dar cuenta de su comision , y entregar una carta de M.^{ma} Volkoff , que sobre poco mas ó menos estaba concebida en estas palabras :

« Voi á marchar al instante: vuestra generosidad lo ha previsto todo , por lo que mi agradecimiento será eterno. El amor de mi desgraciada hija me dará fuerzas sobrenaturales : no perderé un instante: con la ayuda de Dios y vuestra bondad espero salir bien del asunto. Obteniendo el castigo del culpable , á lo menos detendré sus maldades: esta idea me es mas lisonjera que la venganza ; es honrar la memoria de mi pobre hija.»

Paradikin , satisfecho de su increíble actividad en las últimas

cuarenta y ocho horas , se entregó de nuevo á sus acostumbradas ocupaciones , dejando enteramente el éxito en manos de la Providencia.

Acaso causará admiracion que un pecador convertido piense en librarse del castigo de un delito por una acusacion : un verdadero cristiano debia esperar con humildad y resignacion el castigo del cielo. Pero ¡cuán rara es esta piedad firme y profunda que cambia en delicias todas las pruebas que el cielo nos envia ! Nuestra conciencia tiene mil modos de eludir la perfeccion religiosa y moral. Paradikin , auxiliando á una madre desgraciada con los medios de vengar la muerte de su hija , podia creer que hacia un acto de jus-

ticia, y un servicio mui señalado á toda la provincia, al mismo tiempo que se libraba de un enemigo como Voronitcheff.

Entre tanto es necesario que la imaginacion de nuestros lectores corra una distancia de mas de doscientas leguas, para trasportarse al supremo consejo en el palacio de San-Petersburgo. En él entran sucesivamente los Consejeros privados, entre los cuales se distinguen algunos viejos Generales, cansados de vencer en las batallas, y que han dejado las armas para ejercerse en las penosas funciones de la magistratura. Pronto se presenta el Procurador general del Estado, que pone encima de una mesa una cartera con multitud de pa-

peles mui interesantes para el Estado: todos le saludan; Ministro de la justicia y Presidente nato del Senado, se coloca en su asiento al lado del destinado para la Emperatriz.

Los señores rusos de esta época, ya entregados á las frivolidades de la civilizacion lo mismo que á los grandes cuidados de la política, se entretenian mientras esperaban á la Emperatriz, con anécdotas de la corte y de los teatros. Así se entretuvieron un rato, hasta que el relox de palacio dió las diez. Esta era la hora de silencio; la escena va á cambiar; Catalina era tan exacta como Luis XIV, ese modelo de los grandes.

Las puertas se abren; anuncian

la llegada de la Emperatriz: la siguen algunos personajes; saluda á los Consejeros que ya se hallan ocupando sus asientos: bien pronto desaparece el séquito, se cierran las puertas y empieza el consejo.

Mas esta vez una nube espesa oscurece el semblante de la Soberana: habla; pero su voz turbada hace traicion á los sentimientos que no puede espresar: los Consejeros esperan con un silencio respetuoso el momento en que la Emperatriz les haga depositarios de las inquietudes que la agitan.

«Señores, dijo despues de haber meditado un rato, no es necesario que se habra hoi esta cartera; suspendamos las ocupaciones ordinarias; dos asuntos, y los dos

importantes, nos esperan; ocuparán nuestra imaginacion, y será imposible fijarla en los negocios del Estado.

«Al salir de la capilla, una muger se echó á mis rodillas, exclamando: «¡Justicia, justicia! mi hija ha sido asesinada, hace cuatro años que se cometió este delito, no se ha castigado aun al delincuente.» Conmovida estraordinariamente por el grito maternal, hice levantar á esta muger, cuyas desgracias se manifiestan en su semblante; la exhorté á que tuviese confianza, y la aseguré que serian oidas sus reclamaciones. Mi palabra es sagrada, y me ayudareis á cumplirla. Mientras que por un abuso deplorable ha dormido la

justicia por espacio de cuatro años, es necesario que al despertar sea tan rápida como el rayo. El memorial de esta madre desgraciada nos da á conocer dos hombres, cuyo testimonio es mui importante en un asunto envuelto en las tinieblas; es necesario que estos hombres sean llamados al instante, y que comparezcan ante nuestros tribunales.»

El Procurador general se levanta y recibe de manos de la Emperatriz el memorial de M.^{ma} Volkoff, diciendo: «Señora, al salir de palacio enviaré las requisitorias convenientes al Gobernador general de la provincia de Kalonga, y dentro de pocos dias tendré el honor de presentar á V. M. la causa